

# EL ESCENARIO Y EL HOMBRE

\*\*\*

MAPUCHA

*semillas de chile*





Los primeros cronistas que describen el territorio recién conquistado de Chile señalan que al sur del río Itata se produce un drástico cambio en el clima, flora y fauna, el que se veía acompañado de un aumento en la población nativa. En efecto, el bosque de robles –que ya se insinuaba en la cordillera de más al norte– pasado el Itata dominaba toda la región, desde las planicies del litoral marino a las montañas, donde limitaba con la franja de araucarias. Este bosque de robles (*hualo, hualli, pellín, coigüe*) era particularmente favorable para el establecimiento del hombre ya que estas especies y sus asociaciones de arbustos, hierbas y hongos, producen gran cantidad de bayas, frutos y otros recursos alimenticios silvestres. Además, que los robles pierdan las hojas durante las temporadas de otoño e invierno permite la insolación del suelo, impidiendo la formación de tierras húmedas pantanosas, difíciles de habitar, y favoreciendo lugares para asentamientos humanos.

Al sur del río Cautín, las condiciones cambian y poco a poco comienza a dominar un bosque siempreverde, el que, sumado a mayores precipitaciones, hace la vida humana difícil, salvo en determinados nichos ecológicos, especialmente en el valle central y precordillera. Las condiciones del litoral son especialmente desfavorables para la ocupación del hombre por ser costas escarpadas dominadas por una densa e impenetrable vegetación que cubre la cordillera de la costa. Más al sur, la isla de Chiloé constituye el último lugar en que todavía viven pueblos que hablan *mapudungun* o la “lengua de la tierra”.

p.23 Laguna Captrén,  
en el Inapire mapu.  
*Fotografía de F. Maldonado.*

p.24 En el Lelfun mapu crecen en  
abundancia las nalcas (*Gunnera  
tinctoria*), plantas de enormes  
hojas y pecíolos comestibles.  
*Fotografía de F. Maldonado.*

Dentro de estos territorios, el mapuche concibe diferentes zonas que tienen un profundo significado cultural y que reciben designaciones especiales en su lengua.

La cordillera de los Andes (*pire mapu*) o “tierra de las nieves” es, en estas latitudes, de proporciones bastante más moderadas que las del centro o norte del país. Se caracteriza por tener numerosos pasos cordilleranos de muy fácil acceso, que comunican la vertiente occidental de la cadena montañosa con la oriental y las pampas adyacentes. Como ocurrió en otros casos en la América prehispánica, este macizo nevado, lejos de constituir una frontera que separa a los pueblos, fue el lugar de reunión entre las diversas etnias mapuche, pehuenche y puelche que habitaban las faldas orientales y occidentales de la cordillera. De este contacto, motivado por relaciones de intercambio de manufactura, animales y mujeres, nació un fuerte mestizaje y comenzó el proceso de difusión de la cultura mapuche hacia las pampas argentinas.

Los espesos bosques naturales, donde dominaba el *pewen* (*Araucaria araucana*, conífera nativa), caracterizaban los faldeos occidentales de la cordillera (*inapire mapu*) o “tierra inmediata a las nieves”. El piñón, fruto de esta conífera, era el principal alimento del pehuenche o “gente de los pinos”, etnia cazadora y recolectora que recorría estos territorios gozando de la abundante fauna y flora de la región, pero sufriendo los rigores de su clima. Bajaban a los llanos durante el verano con animales, piñones, sal y rudimentarios artículos de cuero, los que intercambiaban por productos agrí-

colas, textiles y otros objetos manufacturados que les proporcionaban los mapuches. En ocasiones, estas incursiones ocasionaban correrías bélicas o “malones” en los que el pehuenche obtenía mujeres y botines de guerra. Fue a través de esta etnia que se “araucanizó” la pampa argentina, de modo que al finalizar el siglo XIX, la lengua mapuche unificaba a la población aborigen que habitaba estas latitudes, entre los océanos Pacífico y Atlántico.

Desaparecidos gran parte de los bosques de esta región, las escarpadas faldas de los Andes son utilizadas actualmente por los mapuches como campo de pastoreo y, en algunos casos, para actividades madereras. La recolección sigue jugando un papel primordial en la subsistencia de los grupos indígenas de esta zona y, dentro de ella, la cosecha anual del piñón, que guardan bajo tierra durante varios meses, les proporciona una insustituible materia prima para elaborar harinas, bebidas y otros productos alimenticios.

El *lelfun mapu* o “tierra de los llanos” goza de una excelente potencialidad agrícola. Los asentamientos indígenas se ubican en las riberas de la innumerable red fluvial que entrecruza esta zona. Atraídos por tales condiciones, la mayor parte de los asentamientos indígenas se estableció en estos territorios. Colaboró a este hecho el agradable clima continental sin temperaturas extremas, producido por el encierro de esta faja entre las dos cordilleras. La espesa flora que cubría los llanos fue talada por el mapuche desde épocas prehispánicas para establecer su asentamiento: pequeñas huertas y rudimentos cultivos agrícolas. La extensión y riqueza de

estos suelos determinaban una apreciable movilidad de los grupos que se trasladaban de un lugar a otro en busca de nuevos territorios que ocupar.

Separada por la cordillera de la costa, que presenta su mayor magnitud en Nahuelbuta, se encuentra la costa, *lafken mapu* o “tierra marina”, cuyos suelos son de baja productividad agrícola, lo que causa problemas en el abastecimiento de los grupos indígenas que la habitan. Complemento insustituible de la dieta del *lafkenche* o costino son los productos de la recolección marina, a la cual es gran aficionado. La gran abundancia de peces, mariscos y algas provocó un intenso poblamiento de esta región en épocas prehistóricas, del que dan testimonio los numerosos y espesos conchales que se encuentran a lo largo del litoral.

El *puel mapu*, “tierra del oriente” o *waithif*, tiene un lugar de extremada importancia en la concepción espacial mapuche, quien descubre estos territorios a través del poderoso vehículo del intercambio y el consiguiente proceso de mestizaje y aculturación. Las relaciones del mapuche con las tierras orientales perduran hasta hoy y se materializan en estrechas relaciones de parentesco y amistad que provocan frecuentes visitas de los habitantes de uno y otro lado de la cordillera. Estas relaciones se hicieron más estrechas por las sucesivas migraciones que provocó la pacificación de ambos territorios a fines del siglo XIX. Cualquier situación de peligro provocaba inmediatamente el traslado de grupos enteros de mapuches al otro lado de la cordillera, donde eran acogidos por sus vecinos que les brindaban hospitalidad y protección.

Actualmente y desde fines del siglo XIX, el mapuche ocupa las tierras que le fueron concedidas por el Estado chileno a sus ascendientes. Estas reservaciones le han hecho perder la movilidad de su estilo de vida, determinando asentamientos fijos que se han vuelto estrechos para mantener la creciente población que los ocupa. Las tierras se han subdividido en unidades cada vez más pequeñas y los recursos disponibles se han utilizado hasta el límite.

**p. 30 Araucaria**  
**(*Araucaria araucana*),**  
**conífera nativa.**

*Fotografía de N. Piwonka.*

**p. 32 Inapire mapu o tierra**  
**cercana a las nieves.**  
**Al fondo, el volcán Llaima.**

*Fotografía de F. Maldonado.*

**p.33 Bosque deciuo**  
**en el Inapire mapu.**

*Fotografía de F. Maldonado.*













Vista aérea de la desembocadura del lago Budi, en el Lafken mapu.  
*Fotografía de N. Pivonka.*



Vista del Lafken mapu o litoral marino, en Alepué (“lugar distante” en lengua mapuche).  
*Fotografía de C. Aldunate.*

El Lelfun mapu o valle central tiene un excelente potencial agrícola. Trigales entre las comunas de Galvarino y Chol-chol.  
*Fotografía de C. Aldunate.*



Lafken mapu o litoral marino  
*Fotografía de C. Aldunate.*

